





## UN BUEN AMIGO

Tengo un amigo, un amigo excelente, la perla de los amigos: tal es mi amigo Augusto.

Vosotros, no le conocéis, caros lectores?—pues entonces es necesario que os lo presente, porque sería un crimen dejar en la oscuridad á un amigo tan digno.

Nuestra amistad proviene de una noche que nos encontramos en un café. Eramos varios jóvenes: el ponche ardía y las cabezas hacían como el ponche. Yo estaba un poco aturdido. Agosto me acompañó á mi casa y me hizo acostar, cuando se marchó la noche estaba muy avanzada y hacia un frío horrible; de seguro que mi amigo hubiera cogido un cóstipado si yo no le presto mi capa. Después se le ha olvidado devolvérmela, es cierto, pero la prueba de simpatía vale mucho más que unas cuantas miserables varas de paño.

Cuando hablo de nuestro mutuo afecto, hay que convenir que mi amigo Augusto contribuye solo.

Qué celo!... Atento siempre, preocupado de cuanto me concierne, lleno de abnegación.

Sería muy largo citar todas las pruebas de amistad que me ha dado, pero no puedo resistir la tentación de contar algunas.

Cuando hice conocimiento con él, comía solo todos los días.

Comer solo! sabéis lectores apreciabilísimos el terrible tormento que esto es?—Así que esta desgracia no podía escapar á los ojos vigilantes de mi Píladés. Un otro no se hubiera fijado, pero él...

—Querido—me dijo un día—debes aburrirte enormemente comiendo solo y yo no debo tolerarlo. Es verdad que esto me causa un desarreglo, porque me priva de ir al *restaurant*, pero por tí hago yo todos los sacrificios imaginables. Haz que desde mañana me pongan un cubierto á tu mesa... Está dicho; no me des las gracias.

Y así se hizo: qué buen amigo!

Otra vez me ocurrió la idea de jugar á la bolsa. Es decir que dí orden á un agente para que me comprara acciones de un empréstito: me hablaron de él en términos pomposos y me dejé coger; pero afortunadamente estaba allí mi amigo Augusto. Desde las primeras palabras me interrumpió, diciéndome:

—Tú, tú jugar á la bolsa! arriesgar tu dinero y tu reposo, y quizás tu vida! porque nadie puede prever los límites á donde conduce la funesta pasión del juego. Dónde vive tu agente de cambio?—Está bien: corro á impedir... Jugar á la bolsa... Un hombre á quien amo como á un hermano.

Y partió como una flecha.

Al día siguiente el «Boletín» anunciaba un alza de 10 por 100 en las acciones del empréstito. Se lo dije á mi amigo Augusto, quien exclamó:

—Ah! un alza...! el cielo me iluminó. Arrastrado por esta ganancia de unos cuantos miles de reales, hubieras seguido jugando, y hete ya encadenado para siempre á la Bolsa... pero yo estaba aquí; yo que

no retrocedo ante ningún peligro: para salvarte, he hecho la operación por mi cuenta.

Enternecido y lleno los ojos de lágrimas no pude menos de apretarle la mano á mi amigo Augusto.

Un día caí enfermo.

Y como es sabido, en las enfermedades es donde se prueba el afecto de los que nos rodean.

El médico me recomendó no sé qué medicina de un precio elevado, pero excelente como tónico y como depurativo.

Yo enseñé la receta á mi amigo, quien adelantándose á todo me dijo:

—Pobre amigo mío... ya estás entre la farmacia; pero no temas, yo no he de abandonarte sin defensa á las manos de un señor Sangredo, y esta droga la tomaremos entre ambos... así te prestaré valor.

Y cosa extraña; la medicina que no produjo el menor efecto sobre mí, obró de tal modo en mi amigo, que al cabo de tres meses había engordado cerca de una arroba.

Pero bien merecía esta recompensa.

Restablecido de mi indisposición tuve deseos de abandonar la existencia inútil que llevaba, y pensé en solicitar un empleo.

—Un empleo... pero qué empleo? exclamó mi amigo en cuanto lo supo.

—En el Ministerio de... hay una vacante.

—En el Ministerio de... apropósito, el subsecretario es medio pariente mío. Voy á verlo.

—Pero Augusto...

—Nada, no me lo agradezcas. Hoy mismo voy á pedir una plaza para tí.

—Pero, hombre.

—Insistes? entonces voy ahora mismo.

Ya estaba en la escalera antes de que hubiera podido contenerle. Cuando digo que ese muchacho se arrojaría al fuego por mí.

Y aquí debo añadir que el pobre hizo todo lo que humanamente le fué posible para conseguir su deseo, pero si no obtuvo el destino era porque ya estaba ofrecido de antemano. Por cierto que su primo el subsecretario para indemnizarlo en parte de su negativa, le hizo aceptar por fuerza un destino con igual sueldo que el que yo pretendía. Qué noble corazón!

En fin, qué más! Un día me enamoré, pero tan enamorado que no pensaba más que en la viuda encantadora á quien anhelaba dar mi nombre.

Yo no sabía qué partido tomar, y como soy tímido, no me atrevía á declararme, cuando me acordé de mi amigo Augusto.

—Querido amigo mío—le dije,—es menester que yo me anime hoy; que me emborrache; si, ésta es la verdadera palabra: que me emborrache! pues este es el solo medio que tengo para atreverme á hablar de amor á la mujer que adoro... Ven.



Y vino, y me acompañó y bebió conmigo, aun á trueque de ponerse malo: y tanto bebió que me acompañó á casa de mi viudita; habló mientras yo estuve callado como un novicio, y en fin, que él gustó en tanto que yo parecí ridículo, y que se casaron el martes.

Pero tanto mejor, porque ha sido por culpa mia: el pobre muchacho ha hecho lo que ha podido.

Algunos meses despues mi amigo Augusto, que se ha quedado viudo, me busca una jóven encantadora, con la cual me caso.

Pero ¡oh desgracia! no congeniamos, y aunque mi carácter es dulce, tenemos de vez en cuando ligeras reyertas.

Una noche que de sobre mesa hemos discutido mi muger y yo, Augusto, mi mejor amigo, me aconseja que vaya al teatro mientras él aconseja á mi esposa sobre sus deberes matrimoniales.

A mi vuelta, el criado me entrega una carta de Augusto, que dice:

«No puedo reducirla á la obediencia, y para librarte de este tormento me la llevo al extranjero; algun día volveremos».

Excelente amigo!

Pero me queda una pena: mientras viaja con mi muger yo me hallo privado de su compañía. Oh! incomparable amigo, y cuan grande es tu sacrificio.

SANSON.

## EL CIELO

Corazon, deten el grito  
Que ya frenético exhalas,  
Queriendo tender tus alas  
Al mundo del infinito.

La ansiedad en que me agito  
No puede ahogar tu clamor,  
Y pretendes, volador,  
Subir con afan profundo  
Al cielo, dosel del mundo  
Y pedestal del Señor.

Huracan, que el hondo seno  
Turbas de la mar hirviente,  
Cuando al relámpago ardiente  
Arrancas la voz del trueno.

Si ya de furores lleno  
A los espacios te entregas  
Y el ráudo vuelo desplegas  
Por la gigante extension,  
Préstale á mi corazon

El sopro con que navegas.

El cielo: no hay un pesar,  
Ni una lágrima escondida,  
Ni un suspiro, ni una herida  
Que no la pueda endulzar.

De la existencia en el mar  
No hay amargo desconsuelo;  
No hay delirio ni desvelo,  
Pena ni dolor profundo  
Que no se calme en el mundo

Cuando se contempla el cielo.

Allí el lejano confin  
Que la eternidad pregona;  
Allí el sol como corona  
De tan inmenso jardin,  
Allí el piélago sin fin,  
Sin olas y sin orilla;  
Allí el Dios que al orbe humilla,  
El que al Universo asombra,  
Y aquí, en el mundo, la sombra  
De lo que tan alto brilla.

Allí el iris fulguroso  
Su régia banda extendiendo;  
Allí los astros siguiendo  
Su curso maravilloso.  
Luna y sol esplendoroso.  
Allí brillando los dos;  
Allí del Eterno en pos,  
El alma que aquí es esclava;  
Aquí lo que en polvo acaba,  
Y allí lo que empieza en Dios.

Cuando entre la densa bruma  
Brilla el relámpago ardiente,  
Y el buque en la mar rugiente  
Salta como débil pluma;  
Cuando en montañas de espuma  
Ruedan olas á millares,  
Del cielo allá en los altares  
Arco hermoso se divisa,  
Y el iris es la sonrisa  
Con que Dios calma los mares.

Cuando en la noche sombría,  
Sin luces y sin rumores,  
Entre secretos amores  
El corazon se extasia;  
Cuando el amor nos envía  
Penas que al alma devoran;  
Cuando los amantes lloran  
En éxtasis celestial,  
La luna es blanco fanal  
De las almas que le adoran.

Cuando sus rayos dilata  
Aquella luna en las sombras  
Y del cielo las alfombras  
Pinta como sol de plata;  
Cuando el espacio retrata  
De los astros el tesoro,  
Y las estrellas en coro  
Bordan de la esfera el tul,  
El cielo es un campo azul  
Que adornan flores de oro.

Cielo, donde el sol triunfante,  
Rompiendo densas neblinas,  
Con sus hebras diamantinas  
Forma guirnalda brillante;  
La tierra, la mar gigante,  
Te admiran siempre los dos;  
Y los querubes, en pos  
De esa inmensidad que asombra  
Te esparcieron como alfombra  
De los jardines de Dios.

Si cual águila caudal  
Que lanza intrépida el vuelo,  
Subiera el alma en su anhelo  
A la mansion celestial;



Si á esa bóveda inmortal  
Alzára el vuelo fecundo,  
En su anhelo sin segundo,  
Viera en el azul palacio  
Un dosel en el espacio  
Y un pedestal en el mundo.

A. F. Grilo.

## MODAS

### ESPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

**TOILETTE DE CORTE.**—Trage *princesa* en terciopelo azul con escote cuadrado y cerrado en el ángulo izquierdo del cuerpo. El ancho de la falda va arreglado por las costuras de los costados y de detras, y la parte de abajo va guarnecida de un ancho volante *ruché* de satén y terciopelo de color igual. Una pechera de encage de Malines ó Bruselas, sujeta al filo del escote, desciende en línea recta hasta el bajo del vestido: otro encage ancho de igual calidad que el anterior forma panier bajo las caderas, quedando sostenida por detras con una echarpe de terciopelo y satén. Esta echarpe se une á los coquillés de encage y forma un gran nudo ó lazo sobre el lado derecho, en tanto que á la izquierda el encage sigue coquillado sin interrupcion hasta el final de la cola, que debe ser larga. Las mangas, en satén y terciopelo, están guarnecidas de encages, con un ancho golpe de encages, forma mancheron, bajo el hombro: este mismo encage forma en la parte inferior de la manga una boca-manga, doblada, cuyos pliegues estan sostenidos por una joya.—Plegados de gasa lisa, en el interior de las mangas y del escote, formando este último una collerette *Medicis*, sostenida por un alambre de plata finísimo.—Joyas en pedrería y oro ó plata antiguos.—Guantes de piel paja ó blancos.—Gran pulseron con las armas de la casa.—Zapato de raso con escarapela de encages.—Precio del patron epínglé: 8 frs.

GOUBAUD & FILS.

Paris 25 de Diciembre.

### DE NEW-YORK Á CALIFORNIA

Galantemente invitado á pasar unos días en las posesiones mineras que el Honorable Senador George W. Swart posee en los Angeles, aproveché los primeros días del otoño para cumplir mi palabra empeñada.

El mes de Octubre es quizás el mes mas bello del año en los Estados-Unidos: la primavera es tan rápida en aquel país que apenas puede apreciarse, pero en cambio el otoño es la estacion mas hermosa: «la naturaleza viste sus mejores galas para morir», segun el dicho de la mas bella y mas simpática colombiana. Una temperatura dulce é igual; un cielo azul y puro hacen de los meses de Octubre y Noviembre una escepcion en un país donde el termómetro Fahrenheit marca de 15° á 20° bajo cero en invierno, de 110° á 115° sobre cero en verano.

Ningun tiempo mejor para realizar mis deseos de ver el «país del oro», y el día 2 de Octubre provisto con mi billete

de ida y vuelta, saltaba en uno de los espaciosos y cómodos *sleeping-cars* del *special fast train every monday afternoon* en la *Chicago, Rock Island and Pacific R. R. Company*, lo que traducido á nuestro idioma quiere decir, que entré en un compartimento de dormir del tren especial de los lunes por la tarde, en la línea férrea de Chicago, Rock Island y el Pacifico, conocida mas vulgarmente con el nombre de línea de *Oceano á Oceano*, puesto que arrancando en las playas del Atlántico viene á morir en las del Pacifico.

A las nueve en punto de la noche rompía la marcha el tren, compuesto de innumerables coches, atestados de gente hasta los topes, si se me permite esta metáfora náutica. Algunos momentos despues entró el *negro* destinado al servicio de nuestro coche y detras de él un factor de la compañía, que recogiendo nuestros *tickets*, nos daba el oportuno resguardo. Procedió el negro á la confeccion de mi cama, lo cual no me produjo estrañeza ninguna, pues en mis continuados viages por aquel vasto continente habia tenido tiempo de estudiar este sistema. Consiste en dividir el coche en tantas secciones como sea susceptible, formando pequeñas alcobas y dejando á cada una de estas un espacio de dos metros cuadrados, lo cual es bastante para los viajeros. Por medio de una ingeniosa combinacion quedan los asientos convertidos en una blanda cama, mientras que haciendo bajar el techo de cada una de estas secciones ó compartimientos, el cual queda pendiente por medio de fuertes tirantes de acero y segun el sistema usado en los camarotes de los buques, se convierte en otra cama, que como la anterior, se compone de un colchon de plumas, dos almohadas de lo mismo, dos sábanas, una manta de abrigo, si hace frio y una preciosa colcha, de seda en verano y de reps ó piqué en invierno; pero todo tan perfectamente dispuesto, que el viajero puede despojarse de sus ropas y dormir con la misma tranquilidad que si ocupara una habitacion de cualquiera hotel americano.

Así lo hice y solo la claridad del día me despertó. Me vestí y calcé como pudiera hacerlo en la ciudad, pues ya el improvisado «ayuda de cámara» habia tenido buen cuidado de cepillar mis ropas y mis botas, en expectativa de la propina, y en mangas de camisa, á la usanza *yankee*, me dirigí al tocador, para proceder á mi *toilette*.

En unos de los extremos del coche hay dos cuartitos iguales en tamaño á las alcobas que dejo descritas, uno para señoras y otro para caballeros y en los cuales hay una mesa-tocador con lavamanos, cepillos de cabeza, uñas, etc., su correspondiente tohalla y el indispensable peine, todo lo que, por prevision norte-americana! está sujeto á las paredes por medio de cadenitas de metal.

Corto rato hacia que mi *toilette* se hallaba terminada, cuando apercibí las primeras casas de una importante ciudad. Era Chicago; Chicago que en 1850 era una aldea sin importancia y que en 1872 contaba con una poblacion de unos 300.000 habitantes: Chicago que en algunos meses despues debia ver consumida por el fuego la tercera parte de su poblacion en un área de siete millas cuadradas, para reponerse en breve tiempo, sin que al año inmediato se conocieran las huellas del destructor elemento: Chicago, que recostada indolentemente en las verdes riveras del extenso lago Michigan, el cual mide un área de 23.000 millas cuadradas y mil piés sobre la altura del mar, recibe en su seno las preciadas riquezas de los indios, para derramarlas despues sobre Europa, sosteniendo el comercio mas activo que se conoce en pieles y maderas.

A las diez de la mañana del día 3 llegábamos á la estacion, es decir, habíamos andado nuevecientas millas, lo cual daba una velocidad de sesenta y nueve millas por hora, que es bastante andar, en mi concepto.

Breves minutos despues sonaba el silbato y volvíamos á ponernos en marcha. Mi estómago se desesperaba porque ya llevaba tres horas de apetito voraz y no veía seña-



les de que el tren nos diera tiempo de almorzar, cuando por fortuna me dio al dirigirme al *smoking-car*, puesto que solo allí es donde se puede fumar para no incomodar á las señoras con el olor del tabaco, vi á varios camareros cruzar los coches por medio de la *pasarellas* con fuentes y platos. Detuve á uno para preguntarle de donde procedía á aquello y me dijo que el último wagon era un *restaurant*, donde podía encontrar cuanto apeteciese, «pero que si no queria tomarme la molestia de ir allá comería en mi gabinete con perfecta tranquilidad».—Así lo hice, dando mis órdenes en consecuencia, y mientras me servían no pude menos de alabar el génio *yankee* que ha sabido buscar el *confort* y la comodidad hasta en los actos mas triviales y molestos de la vida humana.

Como una prueba del *menu* de aquel ambulante *restaurant*, diré que me sirvieron una docena de ostras crudas, una tortilla de jamon, un esquisito y tierno *tenderloin*, queso, frutas y café, acompañado todo con una botella de Saint Emilion, bastante bueno, por la módica cantidad de pfs. 3,75 y 25 cts. de propina, todo lo cual montó á cuatro duros; precio ordinario de cualquiera *restaurant* americano.

En tanto el tren devoraba el espacio y los pueblos cruzaban á nuestra vista como fantásticas creaciones de una imaginación calenturienta. A las 5.45 de la tarde nos deteníamos en Rock Island y á las ocho llegamos á Iowa. A las once de la noche, y cuando pasábamos por Newton nos hacían las camas, y al día siguiente al llegar á Council Bluffs, ya me hallaba vestido y calzado.

Nada mas lindo ni mas pintoresco que este sitio. Apenas habíamos salido de la ciudad cuando entrábamos en el estenso puente que sobre el caudaloso río Missouri ha construido la empresa de esta línea férrea, y una hora después, el tiempo preciso para atravesarlo, entrábamos en Omaha; pero para gran vergüenza del pueblo norte-americano debo hacer constar que este puente como todos los de la Union, es de madera.

El Missouri no separa solamente dos pueblos, sino que es la frontera natural de dos Estados, y causa admiración y estrañeza salir del poblado Iowa para entrar en el desierto Nebraska, rico en minas de diamantes falsos, conocidos hoy en todo el mundo por «diamantes americanos».

Ya no encontrábamos á cada momento los preciosos pueblos americanos con sus casas de madera y sus calles anchas y rectas, ahora solo veíamos agrestes llanuras, y de vez en cuando un fuerte militar, centinela avanzado para contener las correrías de los indios. Con el auxilio de los gemelos pude ver el fuerte Fetterman, construido á orillas del Platte River, tan costoso en hombres y dineros al pueblo americano.

Hay que advertir que no habíamos cambiado de coche, pero sí de línea y nos hallábamos viajando por la *Union Pacific Rail Road*.

En Julesbourg abandonamos el Estado de Nebraska para entrar en el de Wyomyng, mas accidentado y mas pedregoso que el anterior.

A las once de la mañana del día 6 llegábamos á Ogden, de donde parte el ramal para Salt Lake City, capital del Estado de Utah, y residencia entonces de los mormones, donde su pontífice Brigham Young habia edificado un soberbio palacio de mármol blanco, en el que vivía con su ciento y pico de mugeres y sus innumerables hijos.

Largo rato estuvimos costeando el Great Salt Lake, que mide una extensión de 1975 millas cuadradas, y que á los reflejos de un sol radiante parecia un lago de plata líquida.

A las tres de la tarde llegábamos á Promontory, pequeña ciudad que se halla á una altura de 4.493 pies sobre el nivel del mar.

En Promontory cambiamos otra vez de línea, aunque no de coches, embarcándonos en la *Central Pacific R. R.*

Desde esta ciudad hasta Sacramento, donde llegamos

á la una del día 8, nada de notable ocurrió, sino la magnífica vista que desde el tren descubrimos en los soberbios valles del Estado de Nevada, y una manada de hermosos búfalos que aplacaban su sed en las orillas del Humboldt River.

A las diez de la noche del mismo día entramos en San Francisco de California, la Ciudad minera por excelencia y donde el oro tiene el mismo valor que la calderilla en España. En la estación me esperaba mi amigo el Senador Swart para conducirme á su opulenta morada, en la que debíamos permanecer dos días antes de dirigirnos á los Angeles.

No entraré á reseñar lo que la Ciudad cosmopolita encierra de nuevo y de maravilloso; puede que otro día lo haga, porque aun cuando se ha escrito mucho sobre San Francisco de California puedo asegurar que todavía no se ha dicho la última palabra.

Los Angeles es el distrito mas rico en criaderos de oro de todo el Estado y positivamente supera al de San José.

Como se ve estos nombres son españoles y pregonan la nacionalidad de los descubridores, pero nosotros desgraciadamente no supimos conservar, lo que tan dignamente conquistamos.

NINO.

## À MIS AMORES

Yo no tengo un amor: que es poca cosa  
Tener uno no mas.  
Tengo veinte, dejando en el tintero  
A Rita y á Pilar.

Yo soy franco, muy franco, y con franqueza  
Mis cosas os diré:  
No me gustan enredos, ni belenes,  
Ni al ocho llamar seis.

Vamos por parte. Si casarse piensa  
Conmigo algun amor;  
¡Vive Dios! que lo digo cual lo siento,  
Se lleva un chasco atroz.

No me vengan después conque le dije  
Si aquí, si mas allá;  
Entiéndalo bien claro todo el mundo:  
¡No me quiero casar!

Soy soltero: no tengo una peseta  
Ni modo de vivir:  
Lo paso malamente: y si me caso....  
¡Gran Dios! ¡me hago feliz!....

El demonio, lectores, tiene cuernos  
Y el marido.... mujer:  
Y dicen malas lenguas que el casarse  
Es obra de Luzbel.

Yo cristiano, católico y romano,  
Al diablo hago la cruz.  
Y á vosotras, *amores* de mi vida,  
Abur, abur y abur.

C.



## MÁLAGA

Abro el almanaque del Obispado y leo:  
21. Sábado &, &, &. Sol en Capricornio. INVIERNO.  
Y me quedo mas frio que un rábano.

Porque una de dos, ó el almanaque no está hecho para el clima de Málaga, ó el clima de Málaga no está de acuerdo con el almanaque.

Yo comprendo que se hubiera puesto la entrada del invierno en 21 de Noviembre, porque algunos días despues nos chupábamos los dedos de frio.

(Es decir, no nos los chupábamos, pero pase por metáfora, ya que el refran así lo quiere).

Pero poner la entrada del invierno en 21 de Diciembre... vamos que no estoy conforme.

Y sino diganlo ustedes, bellisimas lectoras, ustedes que pasean diariamente por el Muelle.

Hace doce ó quince dias se buscaba el sol con afan, con avaricia, pues el terral nos tenia medio helados; pero ahora casi, casi estorba el sol, y no se puede pasear sin *en-tout-cas*.

Propongo, pues, una reforma en el calendario de la diócesis, y quiere decir que si hubo una correccion gregoriana, habrá otra gibralfareña.

Propongo que el invierno entre en Málaga en 21 de Noviembre y la primavera en 21 de Diciembre.

Porque francamente, no hay quien me convenza, ni aun el mismo almanaque, de que estamos en invierno.

Con ese cielo azul y trasparente; con ese sol diáfano y radiante, con el termómetro Reamur vacilando entre 18 y 20° (centígrados), no es posible que estemos en la estacion de las nieves y de los frios; sino en la de las flores.

En prueba de mi aserto no hay mas que ver los jardines y se les encontrará llenos de violetas y rosas de olor, de anemonas y azulillas (*bluetes*), mientras los campos estan cubiertos con el amarillo jaramago y la blanca margarita.

Coged un hijo del Norte, y traedlo á Málaga; hacidle pasear por los alrededores de la ciudad, y decidle luego que estamos en pleno invierno: estoy seguro de que se echa á reir.

Y yo haria lo mismo.

Porque vamos á ver; yo concedo que el invierno sea dulce y tranquilo, cálido si se quiere, como en Niza ó en el Cairo, ¿pero donde están esas brumas de mañana y tarde? Pues pongamos un cielo limpio y sereno como en Génova ó Nápoles, ¿dónde estan esos vientos del Norte que cortan los huesos?

Concédanme ustedes que estamos en primavera, y en primavera dulce, templada, suave como las del Rhin ó como las del Bósforo, porque creer yo que estamos en pleno invierno, vamos ni á tiros creo yo eso.

Si en esta bendita tierra en que el comercio se ha desarrollado tanto, y en que se especula con todo, se formara una sociedad para explotar el clima, que mina, eh?

Playa de baños, *kursaal*, paseos, jardines, *cottages*, conciertos, *kioskos*, regatas, etc, etc., es lo que necesita Málaga para dejarse muy atras á Cannes, Niza, Ems, y tantas atras ciudades de invierno como prosperan y se engrandecen con su clima.

Mire usted, lector, se lo digo de buena fé: quisiera ser alcalde de Málaga, siquiera un par de años. Caballeros y como la habia de poner!

Como han pasado ustedes las pascuas, queridas lectoras? Se han divertido ustedes mucho?—Supongo que sí, aunque este año ha estado la cosa un si es no es... pero en fin, yo estoy seguro de que lo han pasado ustedes lo menos mal posible, y en los tiempos que corremos ya esto es mucho.

Ahora lo que no queda es la Pascua de Reyes, pasando antes por Año nuevo.

Año Nuevo!

Que mundo de ideas levantan en mi cerebro estas dos palabras: ¡Año Nuevo!

Es decir, un año más.

Para el niño es una alegría; para el adolescente una ilusion; para el anciano un suspiro.

El niño solo ve un dia de fiesta: el adolescente el sombrero de copa ó la cola del trage; para el hombre maduro un paso hácia el término de su carrera: para mí una cana mas.

¡Cuántas decepciones en el término de un año! Cuántas ilusiones desvanecidas, cuántas esperanzas deshechas!

Cuántos nacerán en el año que empieza, cuántos se casarán, cuántos morirán!

Para la colectividad será un espacio de tiempo igual al que le ha precedido, con los acontecimientos normales de la vida fisica y de la vida política. Para la familia y para el individuo tendrá sus especialidades agradables ó tristes, que les harán exclamar en tono diverso al término de los doce meses:

—¡Qué año, qué año este!...

GIBRALFARO.

## LO UNO Y LO OTRO

Salió un dia al campo Inocencio X, y vió una viña asolada por falta de labor.

El amo de la viña que habia visto venir al Padre Santo, se acercó á él y con lágrimas en los ojos le rogó que le echase su bendicion.

Hízolo así el Pontífice, y luego le dijo:

—No dejes de cavar tu viña, porque además de mi bendicion le hace falta el sudor de tu frente.

PEPIN.



## UNA NOVELA

En los archivos de la policía de París se ha encontrado el original de la famosa novela de Alejandro Dumas titulada «Montecristo».

En 1807 un zapatero que iba á casarse fué traidoramente denunciado por camaradas envidiosos de su dicha, como conspirador. El duque de Rovigo, tomando al infeliz Picard por un agente de la Vendée, le encerró en una prisión; y en 1814 salió del castillo de Fenestrelle, doblado bajo el peso de los padecimientos, la pobre víctima, el inocente zapatero. En la prisión había servido de criado á un rico eclesiástico milanés, que no solo le legó una fortuna de siete millones, sino que le descubrió el secreto de un tesoro oculto, consistente en diamantes por valor de tres millones.

Picard, ya rico, pensó en la venganza. Primeramente, lo mismo que Montecristo, fué, disfrazado bajo el nombre del abate Baldini, á dar un diamante de altísimo precio á un cómplice de la traición, Allut, el cual le reveló los nombres de todos los que cooperaron á perderle.

Allut, con el cebo de la ganancia, mató al joyero que le había comprado el diamante, y se refugió en Grecia.

Picard, provisto de las noticias que obtuvo de Allut, se dirigió á París. Su antigua amante se había casado con uno de sus calumniadores. La hija de esta, por virtud de los manejos ocultos de Picard, se casó con un presidiario. Picard llevaba á todos sus enemigos la ruina, la deshonra y la muerte. Cada vez que una de sus víctimas sucumbía, la numeraba, encontrándose sobre sus cadáveres los números 1, 2, 3.

Hasta aquí la novela de Alejandro Dumas y la historia de Picard tienen, como se habrá visto un parecido que no puede ser casual. Todo, hasta la aventura de M. de le Villefort, se encuentra en la relación de los archivos de la policía.

De aquí en adelante no hay ya semejanza.

Picard acaba de inmolar su tercera víctima en el jardín de las Tullerías, cuando sintió que le cogían, y amarrándole le llevaban.... ¿A dónde? El aprehensor era Allut, quien después de comerse el valor del diamante, se puso á buscar á Picard, y venía á proponerle el reparto del caudal ó la denuncia.

Picard se resistió á todo, y Allut le encerró, sitiándole por hambre, esto es, vendiéndole cada bocado de pan en mas de cien mil francos. Ni aun así se rindió Picard, y prefirió morir de hambre á revelar el secreto de su tesoro. Allut se precipitó sobre él mordiéndole como una fiera y asesinandole.

Después huyó a Inglaterra, donde murió en 1828, confiando los pormenores de esta terrible historia al eclesiástico que le asistió en sus últimos momentos. Comunicados al prefecto de policía, con las indicaciones de Allut, se logró hallar el cadáver de Picard; pero jamás se ha podido averiguar donde tenía este enterradas sus inmensas riquezas.

El final de la historia del zapatero Picard nos parece menos dramático y mas moral que el final de la novela de Alejandro Dumas.

F.

A...

Me revuelvo en el lecho miserable  
bañado en llanto y en sudor; la vista  
tiendo espantado en derredor... soñaba  
que ya no me querías.

1878.

REMO.

## EL BESO

SONETO

Niña que guardas dentro de tu boca  
escondido y ansioso el primer beso,  
el ansia tuya con valor sofoca  
no te rindas de amor al dulce peso.

Duro tu pecho como dura roca  
del amor se resista al embeleso,  
sin dar tus labios al que los provoca  
su cariño pintando con exceso.

Que el beso virginal vale un tesoro,  
mas pierde su valor si lo prodigas  
y por el verteras tu triste lloro.

Y si el afán de darlo no mitigas,  
tus besos pagarán tal vez con oro  
que llenará tu pecho de fatigas.

F. Galan Rivas.

## PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número 33.

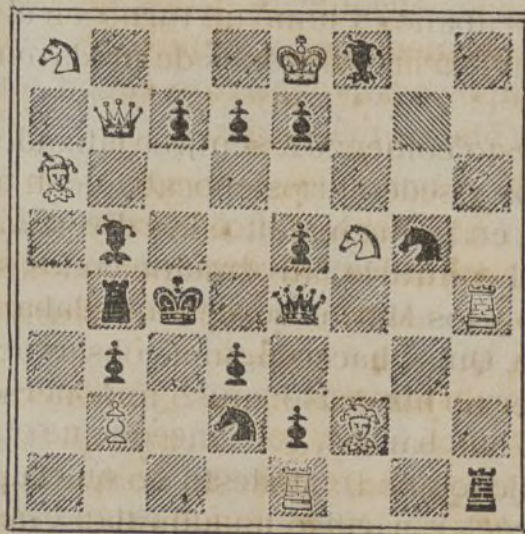
PECADO.

## AJEDRÉZ

Problema número 15.

Por D. A. A., de Málaga.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 14.

BLANCAS.

1-C 5 A R  
2-mate

NEGRAS.

1-ad libitum

SOLUCIONES EXACTAS.

Sres. D. B. H.; D. M. C. del R.; D. N. de la T.; D. R. R.



## TRES ERAN, TRES...

### BORRON Á LA PLUMA

POR C.

(Continuacion)

D. Modesto se sentía feliz; en medio de todo no le pesaba haberse casado con una muchacha de veinte años, bonita, discreta, elegante y cariñosa. Cecilia se mostraba enamorada de su marido, y á pesar de la diferencia de edad que los separaba, gozaba en su compañía, y corría tras de él en cuanto lo veía separarse un poco. Sin embargo, tuvo tesón suficiente para no acceder á las indicaciones de su esposo respecto á dejar de teñirse el pelo, pintarse el rostro y gastar dinero, y como D. Modesto juzgaba que se puede ser feliz con una muger que se pinta, cesó en sus instigaciones, y ambos vivían contentos y satisfechos.

Llegó el mes de Noviembre y regresaron á Madrid.

Se encontraron en plena estación de invierno. Los teatros estaban llenos: los paseos más aún, y comenzaban los bailes y saraos, y las tertulias y veladas; todo Madrid, como se dice en el *argot* aristocrático, corría de teatro en teatro, de salón en salón y del Retiro á la Castellana, como si el mundo fuera á acabarse y hubiera que aprovechar el tiempo.

Cecilia se lanzó en medio del torbellino con la libertad de la muger casada. Sus muchas relaciones le abrían todas las puertas y el caudal de su esposo le permitía hacer buena figura.

Alquiló un piso principal en la Carrera de San Jerónimo: compró dos carruages, un *landau* y un *coupe*, tres caballos y tomó un turno en el Real: además concurría á las funciones de moda en los otros teatros.

D. Modesto comenzó á sentirse fatigado: sus gustos pacíficos y sedentarios chocaban con aquella vida agitada, en la que maldito si se divertía, aburriéndose, por el contrario, atrozmente en los salones de los Duques y los Marqueses, cuanto daban las once de la noche. Quiso hacer algunas observaciones, pero su muger no hizo caso: quiso imponerse y Cecilia se le rió en sus barbas.

Ya he dicho que D. Modesto no servía para la lucha: su carácter pacífico no admitía el *nervosismo*, y prefería ceder y plegarse, á sostener una discusión diaria. Fué, pues, cediendo, y llegó el día en que su muger, sin consultarle ni pedirle autorización de ningún género, dió un *thé* á sus amigos más íntimos.

D. Modesto que ya estaba harto de frac y corbata blanca, de visitas y reuniones, comenzó á dejar á su esposa en libertad de ir á donde quisiera, con tal que fuera con alguna amiga, y se acostaba á las once.

Una mañana se levantó, dió su paseo como de costumbre, y volvió á las diez: preguntó á los criados por su muger y le digeron que no había vuelto.

El ex-teniente pegó un brinco digno de Leotard.

Aguardó á que volviera su esposa, y la interrogó muy seriamente, pero ella le replicó con la mayor indiferencia que después del baile de los Condes de Z... se habían ido al Pardo á comer bellotas y á beber leche. D. Modesto quiso incomodarse, pero su muger le volvió la espalda, y se acostó tarareando un *aria* de *Fausto*.

Desde entonces ya no hubo freno que la contuviera: hacía una vida completamente desarreglada; pasaban días y días sin que los esposos llegaran á verse. Cecilia, eso sí, mandaba preguntar todas las mañanas á su esposo cómo seguía de salud.

La casa se había llenado de tíos y de primos: de amigos íntimos y de amigos de la infancia, muchos de los cuales no saludaban siquiera á D. Modesto. En una palabra, Cecilia era la reina de la moda.

El honor, sin embargo, estaba á salvo; y no porque Cecilia careciera de pretendientes; antes al contrario, estos habían acudido como moscas, pero Cecilia era orgullosa, y no quería avergonzarse avergonzando á su marido. Por lo mismo que había una gran diferencia de edad, Cecilia evitaba que el mundo dijera que se había casado con un viejo para engañarlo.

Y en esto tenía razón.

D. Modesto no se desesperaba porque era incapaz de ello; pero sentía en el fondo de su alma una profunda amargura, y se arrepentía de haberse casado: el duelo, pensaba él, hubiera sido menos funesto.

Pero la Providencia, que protegía á mi héroe, le tendió una mano generosa.

Un día Cecilia asistió á las carreras de caballos de la Casa de Campo en traje de primavera, á pesar de estar en Marzo, y cogió una pulmonía. Su deseo de ser la primera en lucir un traje, la mató.

D. Modesto la lloró, vaya si la lloró: le había tomado afecto á aquella muchacha, y sintió su muerte. Si hubiera estado en su mano, de seguro que le salva la vida, aunque hubiera seguido en sus coqueterías.

Pero D. Modesto no podía hacer más que llorarla.

### CAPÍTULO V.

#### Viudo otra vez.

En cuanto pasaron los primeros días de duelo, hizo arqueo de su fortuna: los cinco mil duros de renta quedaban reducidos á mil ó poco más: en siete meses había derrochado Cecilia un capital.

D. Modesto no lo sintió; mas sintió á su esposa: lo que hizo, como un filósofo espartano, fué abandonar aquella opulenta morada, después de vender los coches y caballos, los muebles y las alhajas; despedir los criados y pagar todas sus deudas; mejor dicho, las de su muger, porque el bueno del hombre no debía á nadie dos reales.

Su suegro fué á visitarlo, y después de darle y darse la enhorabuena por lo feliz que había hecho á su hija, le dijo:

(Continuará)